



ESPIRITUALIDAD DE LA PERSECUCION Y DEL MARTIRIO

Jon Sobrino

1. UNA ESPIRITUALIDAD NECESARIA

Entendemos por espiritualidad de la persecución y del martirio el espíritu con que se deben vivir ambas realidades, para que éstas puedan ser afrontadas en su dificultad y para que, cristianamente vividas, puedan generar nuevos frutos de vida cristiana. Antes de desarrollar el tema hagamos algunas breves aclaraciones previas.

1) En este trabajo nos concentramos en el espíritu del sujeto, individual o grupal, es decir, en las actitudes y virtudes subjetivas que permiten afrontar con lucidez y fortaleza la persecución y el martirio y hacer a ambos cristianamente fructíferos. No analizamos, pues, aunque algo mencionaremos, la realidad objetiva de la persecución y el martirio

2) Al hablar de espíritu nos referimos, por supuesto, al espíritu cristiano, que en sus líneas generales es ya conocido con anterioridad a la persecución y el martirio, pero que alcanza su plenitud, en cuanto cristiano, precisamente en ambas realidades; se va conociendo en la medida en que se va realizando.

3) Aunque el espíritu sea una realidad del sujeto, aquél está relacionado con la realidad objetiva de la persecución y del martirio. La espiritualidad, por lo tanto, tanto en sus conteni-

Perseguidos y asesinados por el reino de Dios en Centroamérica

<u>Nombre</u>	<u>Nacionalidad</u>	<u>Ministerio</u>	<u>Lugar</u>	<u>Fecha</u>
Héctor Gallego*	Colombiano	Sac. Diocesano	Panamá	09.06.71
Ivan Bethancourt	Estadounidense	Sac. Diocesano	Honduras	25.06.75
Jerome Cypher	Estadounidense	Sac. Franc. Conv.	Honduras	25/06.75
Guillermo Woods	Estadounidense	Sac. Maryknoll	Guatemala	20.11.76
Rutilio Grande	Salvadoreño	Sac. Jesuita	El Salvador	12.03.77
Alfonso Navarro	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	11.05.77
Hermógenes López	Guatemalteco	Sac. Diocesano	Guatemala	30.06.78
Francisco L. Espinoza	Nicaragüense	Sac. Diocesano	Nicaragua	20.09.78
Ernesto Barrera	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	28.11.78
Octavio Ortiz	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	20.01.79
Rafael Palacios	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	20.06.79
Alirio N. Macías	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	04.08.79
Oscar Arnulfo Romero	Salvadoreño	Arzobispo	El Salvador	24.03.80
Conrado de la Cruz	Filipino	Sac. Rel. CCM	Guatemala	01.05.80
Walter Woerdeckers	Belga	Sac. Rel. CCM	Guatemala	12.05.80
José Ma. Grau Cirera	Español	Sac. Rel. MSC	Guatemala	04.06.80
Cosme Spezzotto	Italiano	Sac. Franciscano	El Salvador	14.06.80
Faustino Villanueva	Español	Sac. Rel. MSC	Guatemala	10.07.80
José Othmaro Cáceres	Salvadoreño	Sem. Diácono	El Salvador	25.07.80
Manuel A. Reyes	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	07.10.80
Ernesto Abrego*	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	23.11.80
Marcial Serrano	Salvadoreño	Sac. Diocesano	El Salvador	28.11.80
Ita Ford	Estadounidense	Hna. Maryknoll	El Salvador	02.12.80
Maura Clark	Estadounidense	Hna. Maryknoll	El Salvador	02.12.80
Dorothy Kazel	Estadounidense	Hna. Ursulina	El Salvador	02.12.80
Jean Denovan	Estadounidense	Misión. Seglar	El Salvador	02.12.80
Silvia Arriola	Salvadoreña	Religiosa	El Salvador	17.01.81
Juan Alonso Fernández	Español	Sac. Rel. MSC	Guatemala	15.02.81
Carlos Gálvez Galindo	Guatemalteco	Sac. Diocesano	Guatemala	14.05.81
Marco Tulio Maruzzo	Italiano	Sac. Franciscano	Guatemala	02.07.81
Stanley Rother	Estadounidense	Sac. Diocesano	Guatemala	28.07.81
Carlos Pérez Alonso*	Español	Sac. Jesuita	Guatemala	02.08.81
John David Troyer	Estadounidense	Sac. Diocesano	Guatemala	17.09.81
Victoria de la Roca*	Guatemalteca	Hna. Bethlehemita	Guatemala	06.01.82
Carlos R. Morales López	Guatemalteco	Dominico	Guatemala	20.01.82
James Miller	Estadounidense	Hno. La Salle	Guatemala	14.02.82

y muchos agentes de pastoral y misioneros laicos, delegados y celebradores de la Palabra, catequistas, sacristanes, trabajadores de Cáritas y de grupos de derechos humanos,

muchos hermanos protestantes, pastores y ministros, diáconos y predicadores,

innumerables campesinos, indígenas, obreros, estudiantes, maestros, periodistas, enfermeras, médicos, intelectuales,

perseguidos y asesinados por el reino de Dios.

* desaparecido

dos como en su intensidad, no es totalmente autónoma e intencional, sino que se desarrolla en estrecha relación con su objeto real.

4) Consideramos la persecución y el martirio en unidad. El martirio no es visto como algo puntual, sino como culminación de la persecución; y la persecución es vista como preparación

y modo incipiente de martirio. De aquí en adelante hablaremos de la espiritualidad de la persecución.

5) Al hablar de la persecución nos referimos directamente a lo ocurrido en Centroamérica en los últimos años, pero que ha sido y sigue siendo una realidad en muchas otras partes de América Latina y del tercer mundo. Con ello nos referimos sólo a un tipo de persecución, pero que es importante, generalizado y -en nuestra opinión- el que más se asemeja a la persecución a Jesús.

Hechas estas aclaraciones, lo primero que hay que afirmar de la espiritualidad de la persecución es que es una necesidad, no sólo porque así en principio lo afirma el NT sino porque de hecho existe la persecución como hecho masivo y siguen existiendo sus causas históricas.

1.1 El cuadro presentado al comienzo de este escrito habla por sí solo. Si a ello añadimos los sacerdotes, religiosas y religiosos, catequistas y delegados de la palabra, y simples fieles cristianos que han sido amenazados, difamados expulsados, encarcelados y torturados, los templos, residencias privadas, imprentas, librerías, colegios, curias que han sido cateadas, ametralladas, dinamitadas y saqueadas, entonces la persecución y el martirio aparecen como una realidad masiva y cruel, selectiva y también generalizada en los últimos años.

Estos hechos, además, no se explican adecuadamente sólo por la deformación o maldad de los perseguidores, sino que tienen causas estructurales que los hacen necesarios. Una Iglesia fiel a los impulsos del Vaticano II y sobre todo de Medellín pronto fue vista como amenaza a los intereses de los poderosos porque: a) esa Iglesia ha denunciado la injusticia estructural y la violencia institucionalizada, y ha desenmascarado -y así deslegitimado religiosamente- los principios económicos, sociales y políticos vigentes, y b) porque ha defendido las esperanzas de los pobres por su liberación y les ha defendido y animado a su propia organización como medio para su liberación. Los poderosos han intentado por diversos medios neutralizar a esa Iglesia o intentado convencerla de su error, haciéndola volver a una misión más espiritualista y defensora del mundo occidental y sus valores religiosos, o propiciando la proliferación de movimientos religiosos alienantes. Pero cuando esto no ha tenido efecto, entonces han pretendido simplemente elimi-

nar a esa Iglesia. De ahí que la persecución no se haya dirigido a todos los cristianos por igual, sino a los que ponen en peligro el **status quo**. De ahí también que la persecución no haya tomado por lo general la forma de medidas legales contra la Iglesia como institución, a la que siempre les interesa tener a su favor, sino la forma de medidas fácticas contra sus miembros, lo que les permite además negar que exista persecución.

La misma Iglesia ha comprendido los ataques y asesinatos en las categorías de persecución y martirio por fidelidad a la verdad de la Iglesia, con lo cual se refuerza la necesidad de la persecución si la Iglesia no quiere dejar de ser -cosa que nunca dirá- la verdadera Iglesia de Jesucristo. Así lo afirmó Mons. Romero y Mons. Rivera en El Salvador y muchos otros obispos; y así lo afirman, sobre todo, los mismos cristianos perseguidos. Puebla habla también de "persecuciones y muertes" (nn. 92, 668, 1138) -presupuestas como algo bueno y provenientes de la misión verdadera de la Iglesia- y aduce como causas históricas "El testimonio de la misión profética, la defensa de la dignidad humana, los compromisos concretos con los pobres" (ibid.). La raíz última de la persecución está en la solidaridad con los pobres -quienes son los primeros y más duramente perseguidos- que lleva a participar en su destino. Así lo dijo Mons. Romero:

"La verdadera persecución se ha dirigido al pueblo pobre, que es hoy el cuerpo de Cristo en la historia. Ellos son el pueblo crucificado como Jesús, el pueblo perseguido como el siervo de Jahvé. Ellos son los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Y por esa razón, cuando la Iglesia se ha organizado y unificado recogiendo las esperanzas y las angustias de los pobres, ha corrido la misma suerte de Jesús y de los pobres" (Discurso de Lovaina, 2 de febrero, 1980).

1.2 Junto a la actual necesidad histórica de la persecución hay que considerar su necesidad teológica a priori, tal como aparece ya en el NT. En el primer escrito del NT Pablo dice a los atribulados cristianos:

"También vosotros habéis sufrido de vuestros compatriotas las mismas cosas que ellos de parte de los judíos; éstos son los que dieron muerte al Señor y a los profetas y los que nos han perseguido a nosotros... Pues sabéis bien que ése es nuestro destino. Cuando estábamos con vosotros os predecíamos ya que nos esperaban dificultades, y sabéis que así ocurrió" (1 Tes 2, 14s; 3,2s).

Pronto, pues, fue establecida la necesidad de la persecución y además fue establecida -y con ello radicalizada- a partir del destino de Jesús. Los cristianos serán perseguidos pues "no está el discípulo por encima de su maestro" (Mt 10,24), "si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros" (Jn 15,20). Con ello se afirma que la fidelidad a Cristo produce la persecución, lo cual quiere decir que en el mismo Cristo existe una conflictualidad también en el presente, que el conflicto no sólo fue el destino histórico de Jesús sino lo que sigue provocando Cristo después de su resurrección. En breves palabras se universalizó la conflictualidad de Cristo como "signo de contradicción" (Lc 2, 34), con lo cual los cristianos no se sorprendieron al menos de sus persecuciones y encontraron la clave teológica para comprenderlas "por causa de Cristo".

Pero esta universalización de la raíz de la persecución, el conflicto que el mismo Cristo provoca, no puede hacer ignorar lo que originó la persecución concreta a Jesús, ni dejar de considerar ese tipo de persecución como la persecución cristiana por antomasia, ni minusvalorar por lo tanto las persecuciones actuales que tienen el mismo origen. Jesús fue perseguido por el anuncio de una buena noticia a los pobres y el servicio a su realización, lo cual le llevó a las controversias, denuncias, desenmascaramientos y anatemas hacia los poderosos y, en definitiva, a ser ajusticiado. De ahí que la primera interpretación histórica de su muerte -antes de otras teologizaciones más universalizantes- fue hecha a partir del destino de los profetas (1 Tes 2,14) y que también la misma persecución a los cristianos fuese interpretada a partir de los profetas (Mt 5,12). La persecución fue vista desde la práctica de Jesús en favor del reino, y su necesidad fue vista en la violencia que a ese reino hacen los antirreinos de este mundo.

1.3 Lo dicho hasta ahora muestra que la persecución es un hecho masivo actual y que sus raíces históricas, todavía persistentes, la hacen necesaria si la Iglesia y los cristianos quieren ser fieles a su misión en fidelidad al seguimiento de Jesús y en solidaridad con los pobres. De ahí se deducen ya algunos elementos de la espiritualidad de la persecución, previos en cierto modo al espíritu con que hay que vivir la persecución en sí misma, pero importantes.

a) Dado el hecho y las raíces de la persecución su espiritualidad es en primer lugar necesaria y no optativa, pues la exi-

ge en principio el NT y a posteriori la exige la realidad expuesta; es real y no intencional -como ha podido ser práctica de almas piadosas- pues no se trata de un deseo sin objeto, sino de responder a una realidad objetiva, sea deseada o no.

Pertenece a esta espiritualidad comprender la persecución como algo importante, central y globalizante. Esta espiritualidad no es por lo tanto regional, como si afectase a una entre varias realidades, sino central, porque afecta a lo central de la historia y de la fe del cristiano, y globalizante, porque configura la espiritualidad de otras áreas de la vida. Es importante porque afecta al núcleo cristiano de la santidad; no porque se busque la persecución para la propia santidad, sino porque acaece por la solidaridad con los pobres y para su bien.

A través de estas reflexiones sólo queremos hacer una afirmación fundamental: la espiritualidad de la persecución es una exigencia de la misma realidad y por ello a esa espiritualidad le compete la disponibilidad a la persecución. Se trata por lo tanto de aceptar en serio la posibilidad y la realidad de la persecución, de alguna forma y en algún grado, como ingrediente esencial de la vida cristiana, de modo que si la persecución no estuviese presente de ninguna forma y en ningún grado, el cristiano y las Iglesias se preguntasen al menos por qué y hagan de esa pregunta algo fundamental.

b) La persecución no ocurre de repente sino cuando se han dado pasos previos; en concreto, la encarnación en el mundo de los pobres y su defensa. Condición necesaria para la disponibilidad a la persecución es la disponibilidad a los pasos previos y la lucidez de que éstos llevan a aquélla.

En esos pasos previos hay una ultimidad no ulteriormente analizable; ni la motivación a ellos es en definitiva argumentable, aunque puedan formularse muchos argumentos. Se trata en ellos simplemente de ser honrado con la realidad del mundo, de que el mundo de los pobres expresa la más profunda verdad de este mundo, de que en ese mundo se participa de la verdad de la humanidad, de que defendiendo a los pobres se responde con verdad a la exigencia de la realidad.

La espiritualidad de la persecución supone por lo tanto tener y mantener esa honradez con nuestra realidad, a pesar de las dificultades prácticas que esa honradez genera -la misma persecución- y de las dificultades que pueden ser expresadas teó-

ricamente, como si la suerte de injusticia, miseria y muerte de la humanidad no fuesen ya su dato más llamativo o como si, aun aceptándolo, el tratar de remediarla no fuese la más urgente tarea o la que siempre debe ser intentada. Esta actitud de honradez puede ir acompañada de muchas otras actitudes y motivaciones psicológicas (desencanto de una sociedad burguesa y consumista, ingenuidad, deseo de notoriedad y, por supuesto, el deseo de acallar el propio dolor que es producido por el dolor de los pobres, la compasión hacia ellos etc), pero lo fundamental está en la honradez que las subyace. Dicho teológicamente se trata de ser honrados con el primer juicio de Dios que condena a este mundo de pecado y de muerte y con la primera voluntad de Dios de liberarlo de la miseria, la injusticia y la muerte.

Una espiritualidad de la persecución supone, por lo tanto, la activa disponibilidad hacia ella por honradez básica hacia la realidad. Esa honradez es a su vez mediación para captar honradamente la realidad de Dios y de Jesús y para responder honradamente a sus exigencias.

2. UNA ESPIRITUALIDAD TEOLOGAL

Cualquier tipo de espiritualidad debe ser últimamente teologal porque cualquier realidad que pueda y deba ser vivida con espíritu puede y debe remitir a Dios. Al hablar de la espiritualidad de la persecución, sin embargo, decimos que es teologal en un sentido más preciso. Por la misma realidad del objeto sobre que versa, el hombre se ve más directamente confrontado a) con Dios en lo que Dios tiene de ultimidad, y b) con lo que en Dios hay de paradoja y escándalo, aunque superados éstos se confronte también con lo positivo de Dios, su bondad y amor. Con esto queremos decir que a la espiritualidad de la persecución le es esencial, y directamente esencial, la realización de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y amor. Estas son exigidas para mantenerse en la persecución y la persecución vivida con espíritu las potencia.

2.1 Por su misma naturaleza la persecución y el martirio confrontan al hombre con la vida y la muerte propias, con la muerte y las esperanzas de vida de los otros, con lo cual se ve confrontado con cosas verdaderamente últimas. Pero además en la realidad concreta de la persecución y el martirio el hombre se ve confrontado con la paradoja de que para dar vida hay que

dar de la propia vida y aun la propia vida y con el escándalo de que con frecuencia el dar la vida no genera sin más la vida para otros y, más radicalmente, que al justo le va mal. La llamada pregunta por lo último, por Dios, por el sentido de la vida y de la historia, se impone por sí misma sin necesidad de ser inducida ni ser reducida a la pregunta por Dios y por lo último que el mismo hombre es por el mero hecho de ser creatura. Y se impone también por sí misma la pregunta por el modo correcto de cómo relacionarse con Dios y con lo último. De la radicalidad de las preguntas se deduce también que las respuestas poseen una especial radicalidad.

Insistiendo ahora en lo que de paradójico y escandaloso hay en la ultimidad cristiana de Dios hay que recordar afirmaciones fundamentales del NT con las que necesariamente confronta la persecución y el martirio. En el NT se dice sobre el hombre que dichoso el pobre, el que llora, el perseguido, que en la debilidad está la fuerza, que la esperanza es contra esperanza, que el que quiera ganar la vida debe estar dispuesto a perderla. Sobre Cristo se dice que fue constituido Señor a través del sufrimiento, que salvó al mundo padeciendo la suerte del siervo, que en la cruz escuchó el silencio del Padre. De Dios se dice que estuvo en la cruz entregando al Hijo, y que sólo al final -es decir no todavía- será todo en todos.

Así podrían ir citándose frases del NT que, si no son las únicas, sí son ciertamente centrales, al margen de las cuales la fe cristiana perdería su originalidad específica, y en cualquier caso son las que resuenan con fuerza en una situación de persecución y martirio, y ante las que hay que tomar postura. Es cierto que el cristiano que ya posee la fe las puede aceptar de antemano como verdaderas; y es comprensible que el cristiano inmerso en la persecución las complete con otras afirmaciones sobre el poder de Dios acaecido en la resurrección para que la injusticia y la muerte no aparezcan como sin sentido pues conducen a la justicia y a la vida.

Pero nada de esto quita agudeza a esas frases cuestionantes. Históricamente, porque la experiencia da que no siempre la vida sigue a la muerte. Y teológicamente, porque la fe previa a la persecución puede ser verdadera y totalizante, incluyendo por lo tanto ya los elementos de respuesta a las preguntas, pero es una fe genérica con relación a la fe concreta que exigirá la persecución, y en cualquier caso porque todavía no ha pasado lo

que de prueba para la fe hay en la persecución. Es a través de la persecución y el mártirio donde se va concretando, y así haciendo real, la fe (o la increencia), donde se va respondiendo positiva (o negativamente) a las preguntas últimas de los hombres por el sentido de la historia, de su vida y de Dios. Por eso la fe es también victoria, lo que llega a ser a través de una prueba. En cualquier caso, las respuestas que se exigen son teológicas, positiva o negativamente; y son en verdad totalizantes porque por la misma naturaleza de la persecución y del martirio la entrega que exigen -si la respuesta es positiva- no es sólo el **sacrificium intellectus**, sino el **sacrificium vitae**.

2.2 Las respuestas a la ultimidad con que confronta la persecución pueden ser variadas. Puede aparecer la resignación, la desesperanza, el cinismo o, por otra parte, la búsqueda de un optimismo científico que crea haber encontrado la dialéctica infalible para que de la muerte surja vida. Puede aparecer también el **carpe diem**, el comamos y bebamos que mañana moriremos o cualquier versión del epicureísmo.

Pero queremos analizar ahora la respuesta creyente. Lo primero que hay que decir de ella es que su racionalidad no es previa a la respuesta, sino que en el hecho de responder se constituye como respuesta y así afirma su verdad. **Aceptar** la persecución y el martirio como algo bueno es anterior a la formulación de su racionalidad. Por ello muchas veces se puede formular esa aceptación en lenguaje de la teología negativa afirmando sencillamente 'no poder ser de otra manera'. En el fondo ésa es la argumentación de Pedro cuando se dirige a los cristianos perseguidos, aunque en la totalidad del párrafo hay también teología positiva:

"¿Quién os hará mal si fuereis celosos promovedores del bien? Y si con todo padeciereis por la justicia, bienaventurados vosotros. No los temáis ni os turbéis... Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza... Que mejor es padecer haciendo el bien" (1Pedro 3, 13-17).

Se expresa de esta forma que en último término y a pesar de todo mejor es dar la vida que guardársela, más fiel se es a la realidad objetiva y a la propia conciencia subjetiva aceptando la persecución que rehuyéndola. Para ese no poder ser de otra manera, hombres que hacen el bien y practican la justicia aunque por ello padezcan, y mantengan sin embargo la esperanza, no hay ulterior justificación.

Pero la no existencia de una ulterior justificación se debe no sólo a que el hombre no sabe encontrarla, sino a que el hombre ha tocado el fondo de la realidad y se ha relacionado con la realidad de Dios. Lo que se afirma, al afirmar que no se puede ser de otra manera, es la ultimidad del amor, de la esperanza y de la fe. Vivir con espíritu la persecución y el martirio es dar absoluta supremacía al amor, probado en la misma persecución, pero declarado también por ello como algo absolutamente supremo. Ese amor, más allá de los deseos y los cálculos, realizados o fallidos, es lo que genera esperanza de que a pesar y en contra de todo el futuro es bienaventuranza. Con ese amor y esa esperanza camina el hombre por la historia, haciendo la experiencia de que con ellos se abre el camino, pero a la vez caminando hacia un lugar del cual no se está en posesión. Eso es precisamente la entrega de la fe.

Amor, esperanza y fe son realidades últimas de los hombres y por ello exigidas cuando la persecución y el martirio les confrontan con lo último. Pero por ser últimas son también mediaciones de la correcta relación del hombre con Dios, son teológicas. Con ese amor se corresponde a la última realidad amorosa y salvadora de Dios, con esa esperanza se acepta el futuro de Dios, con esa fe se respeta el ser Dios de Dios.

En este sentido afirmamos que la espiritualidad de la persecución es teologal. La persecución y el martirio, por ser realidades en que aparece lo último y de forma escandalosa y paradójica, sólo puede ser afrontada con una espiritualidad teologal. Y ambas cosas a su vez posibilitan la realidad y el crecimiento en la relación teologal del hombre con Dios.

3. UNA ESPIRITUALIDAD FRUCTIFERA

Al mencionar la honradez hacia la verdad, el amor, la esperanza y la fe hemos mencionado ya la presencia del Espíritu en la persecución, y además la presencia fundamental. Quisiéramos describir ahora algunas manifestaciones más concretas de ese Espíritu, que aparecen dialécticamente como exigidas y posibilitadas por la persecución. No argumentaremos a priori, sino narrando simplemente lo que ha ocurrido en El Salvador cuando la persecución se ha vivido con espíritu. Para ilustrarlo comenzaremos con algunas citas de Mons. Romero, aunque pudieran aducirse muchísimas más de él mismo y de otros cristianos. Con esta descripción y lo dicho anterior-

mente se podrá lograr una visión de la espiritualidad de la persecución.

a) **Espíritu de fortaleza**

"Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz" (18.11.1979).

"Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige" (11.11.1979).

"En lo personal he sentido mucho agradecimiento por una bonita carta de las vendedoras del Cine México. Mandaron una aportación económica según sus pobreza y dicen: Reciba nuestras felicitaciones y que Dios siempre lo ilumine para seguir adelante en su empeño y amor en esta lucha por el pueblo salvadoreño (13.1.1980).

Es evidente que la persecución exige fortaleza, no sólo para llevar a cabo los duros trabajos del evangelio, sino para realizarlos en medio de una dureza creciente y amenazante en que al cristiano le puede ir la propia vida. La fuente de esa fortaleza no es otra que la actitud teologal antes descrita; y sin duda lo es el ejemplo de Jesús y de tantos otros mártires. Pero nos referimos ahora a la fuente histórica de esa fortaleza, debido a que la persecución se origina por estar el cristiano con y en favor de los pobres. Esa fuente es la cercanía con los pobres.

En el acercamiento a los pobres y en la participación en su destino experimenta el cristiano un gran consuelo que teológicamente puede describirse como el haberse encontrado con Dios e históricamente como el haberse encontrado consigo mismo simplemente como hombre. El participar en el destino de los pobres hace recobrar al cristiano su dignidad humana, escondida o desfigurada en el llamado hombre moderno, competitivo y consumista. Paradójicamente es la persecución lo que le descubre al cristiano lo que es la verdadera humanidad y lo que le hace participar en ella; le hace sentirse ciudadano verdadero del mundo de los hombres. Este descubrimiento, paradójicamente gozoso, no es de poca monta; tiene la virtud de centrar el sentido de la vida del cristiano y de mantenerle en el lugar en que empezó a saber quién es.

Por otra parte, en ese acercamiento a los pobres éstos ven un sacramento de la cercanía de Dios, lo cual genera una

responsabilidad cristiana y eclesial hacia ellos. Quizás sin saberlo en un principio ni pretenderlo, los cristianos sienten muy en serio la responsabilidad de estar ahí, entre los pobres, de no abandonarlos a pesar de los costos. Si en esos momentos se retirasen oírían la aterradora frase bíblica "por vuestra causa se blasfema el nombre de Dios". Y positivamente sienten también que la presencia mantenida entre los pobres es lo que en último término dará credibilidad a la Iglesia y, más de fondo, a la misma fe, en medio de otras instancias que se presentan como salvíficas. Lo que intuyen los cristianos es que en la cercanía (o alejamiento) de los pobres se está jugando el futuro de la fe.

Fortaleza en la persecución se puede traducir como no abandonar a los pobres en sus sufrimientos, y esos mismos pobres -por lo que dan y por lo que exigen- proporcionan la fuerza para mantenerse en la persecución.

b) Espíritu de empobrecimiento

"A mi me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución" (19.6.1977).

"El día en que las fuerzas del mal nos dejaran sin esta maravilla (la radio) de que ellos disponen en abundancia y a la Iglesia se le regateara hasta lo último, sepamos que nada malo nos han hecho" (27.1.1980).

La persecución es despojo y el martirio es sumo despojo para los directamente implicados. Pero además una persecución duradera y masiva crea un empobrecimiento general que dificulta seriamente la misión de los cristianos, pues les priva de muchos y cualificados agentes de pastoral y del uso de medios y plataformas apostólicas. Además, a medida que se prolonga la persecución, ésta puede perder su rostro espectacular y hacerse rutinaria, la cruz luminosa se hace anónima. Junto al despojo objetivo aparece, pues, el empobrecimiento subjetivo, como puede verse, por ejemplo, comparando la exultación que la persecución producía en tiempo de Mons. Romero con la relativa resignación con que se vive después de él.

Para vivir este empobrecimiento, más doloroso incluso que el sufrimiento de la persecución, hace falta espíritu, sobre todo cuando el empobrecimiento parece conducir al silencio y la ineficiencia. Es el espíritu necesario para vivir la fundamental ley cristiana, "Cristo siendo rico se hizo pobre" (2Cor 8,9),

sin poder elegir siquiera el empobrecimiento que parece enriquecedor, sino aceptando el empobrecimiento que parece empobrecedor. "Sepamos que nada malo nos han hecho", decía Mons. Romero.

Este espíritu de empobrecimiento para nada quita luchar contra lo que de empobrecedor hay en él ni luchar para transformarlo en enriquecedor -como veremos-, ni prohíbe la prudencia (Mt 10,16) y la astucia para luchar contra los hijos de las tinieblas (Lc 16,8). Pero prohíbe ver en el empobrecimiento un mal, de modo que la Iglesia rehuyera la persecución que lo produce, aunque adujese para ello que así la Iglesia sería más fuerte y eficaz. Se trata pues de aceptar que en el perder hay algo necesario cristianamente, si sobreviene por la justicia del reino, y necesario además para poder ganar la vida. Se trata de evitar la perenne tentación, personal y eclesial, de querer ganar la vida en directo.

c) Espíritu de creatividad

"Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también, y quedaran ustedes un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta" (8.7.1979).

La creatividad es necesaria para sobrevivir en la persecución, para buscar formas y modos de continuar con la tarea de la Iglesia y de la fe en situaciones difíciles, a veces de clandestinidad o semiclandestinidad. En este sentido es muy cierto que "el sufrimiento precede al pensamiento" (Feuerbach).

Pero la creatividad no es sólo necesaria para sobrevivir, sino que los 'sobrevivientes' en la persecución desarrollan una gran creatividad para vivir con más plenitud la vida cristiana. Esto es lo que indica la frase, retórica pero profunda, de Mons. Romero: la exigencia a transformar el empobrecimiento en plenitud. Si nos quitan la radio, decía, "seremos entonces más 'vivos micrófonos' del Señor y pronunciaremos por todas partes su palabra" (27.1.80).

La persecución de hecho ha producido una gran creatividad. Produce clarividencia, cristiana e histórica, porque al ocurrir a los cristianos lo que le ocurrió a Jesús y lo que ocurre a los pobres del mundo, captan la verdad del evangelio y de la historia. De ahí la creatividad doctrinal en homilías, cartas pas-

torales, reflexiones de sacerdotes y comunidades, estudios teológicos. Esa creatividad aparece en el mismo hecho de tratar el tema de la persecución y del martirio -temas tan importantes a priori para la fe, pero tan ignorados con frecuencia-, en tratar temas novedosos que surgen paralelamente o en relación con la persecución, como son los derechos humanos, la organización de los pobres, la injusticia, la violencia etc, en tratar por último los temas tradicionales de siempre pero desde una perspectiva nueva que recupera la evangélica, Dios, reino de Dios, Cristo, gracia y pecado etc.

Produce también creatividad pastoral y litúrgica porque la persecución presenta con nitidez las realidades históricas que median las realidades teológicas que deben ser comunicadas y celebradas. La eucaristía -por poner un solo ejemplo- puede ser celebrada en la pluralidad de sus dimensiones (presencia de Cristo, asamblea reunida a su alrededor, celebración de la esperanza y acción de gracias, recuerdo del sacrificio de Cristo) porque junto a un crucifijo material y junto a las reliquias de mártires están presentes los cuerpos de martirizados, y porque quienes rodean el altar no están allí puramente por obligación, sino por la necesidad de expresar su esperanza y la gratitud a los martirizados testigos de la fe.

La persecución exige por lo tanto espíritu de creatividad para sobrevivir; pero más de fondo produce gran creatividad si se vive con espíritu. Se comprueba entonces con verdad la frase paulina de que en la debilidad está la fuerza; el empobrecimiento es enriquecedor.

d) Espíritu de solidaridad

"Yo quiero expresar mi solidaridad con los sacerdotes, religiosas y demás agentes de pastoral cuyas vidas están en peligro...Que no se desanimen, que nos apoyemos conjuntamente" (16.9.1979).

"Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el signo de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (24.6.1979).

"El servicio al Evangelio y la persecución a la Iglesia han tenido como fruto precioso la unidad de la Iglesia...Son innumerables las cartas de solidaridad y de estímulo para seguir viviendo este testimonio... Hemos recibido también adhesiones de muchos hermanos separados de dentro y de fuera del país" (Segunda Carta Pastoral, 6.8.1977).

Es evidente que la persecución tiende a unir a los perseguidos para mejor sobrellevarla entre todos; aunque es también claro que la persecución divide a los que quieren mantenerse en ella de quienes la quieren rehuir. Pero por su misma naturaleza, la persecución hace más solidarios a los cristianos.

La persecución cristianamente vivida, produce además una solidaridad de un orden superior que va más allá del mutuo consuelo, que lleva a igualar a los que son desiguales y a concebir la vida cristiana desde la referencia al otro.

En el mismo origen de la persecución está la solidaridad de la Iglesia con el pueblo pobre y sufriente. Se rompe con ello una secular barrera y -aun dentro de las desigualdades sociales, culturales y de funciones eclesiales- se logra una unidad fundamental al menos en la esperanza de que desaparezca la común persecución y llegue el día de la liberación. La muerte que iguala a todos sella esa unidad fundamental. Y la solidaridad con el pueblo es lo que genera unidad dentro de la Iglesia local y solidaridad de otras iglesias hacia aquélla.

Esa primera y fundamental unidad lleva también a captar y a apreciar que es una unidad entre quienes son diferentes; sólo que ahora las diferencias no son para la división sino para la complementación y el mutuo enriquecimiento. Es un hecho que la persecución ha originado el poner en común los diversos aportes de muchos, sean esos aportes materiales, pastorales, teológicos; y, más de fondo, ha acostumbrado a los cristianos a saberse remitidos a otros -como algo esencial- para vivir cristianamente. Esto llega hasta a los niveles de la fe. Si ésta posee un momento de responsabilidad personal e indelegable, posee también por esencia la apertura al otro, para recibir de su fe y confirmarle en su fe. La persecución origina, por lo tanto, una unidad que es además solidaridad, llevarse mutuamente, lo cual acaece entre cristianos en pequeños grupos, entre toda una iglesia local, entre las diversas iglesias locales y entre las diversas confesiones cristianas.

El espíritu de solidaridad es en el fondo la actitud y convicción de que el cristiano no va solo a Dios sino dentro de todo un pueblo de Dios. La persecución no hace más que presentarlo en toda su evidencia. Lo exige para que los cristianos no desfallezcan en la persecución, y lo genera pues, durante y después de la persecución, el cristiano se ha acostumbrado a vivir

su fe sabiéndose remitido -para dar y recibir- a la fe de otros.

e) **Espíritu de gozo**

"Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres" (15.7.1979).

"Hermanos, qué hermosa experiencia es tratar de seguir un poquito a Cristo y a cambio de eso recibir en el mundo la andanada de insultos, de discrepancias, de calumnias, las pérdidas de amistades, el tenerlo a uno por sospechoso!" (8.7.1979).

"Un cristiano siempre debe alentar en su corazón la plenitud de la alegría. Hagan la experiencia, hermanos. Yo he tratado de hacerla muchas veces y en las horas más amargas de las situaciones, cuando más arrecia la calumnia y la persecución. Unirme íntimamente a Cristo, el amigo, y sentir una dulzura que no la dan las alegrías de la tierra. La alegría de sentirse íntimo de Dios, aun cuando el hombre no lo comprenda a uno. Es la alegría más profunda que puede haber en el corazón" (20.5.1979).

La persecución es una bienaventuranza. "Alegraos y regocijaos" (Mt 5,11), "alegraos y saltad de gozo ese día" (Lc 6.22) dice Jesús a los perseguidos. Palabras paradójicas, pero que son verdad. En Mt y Lc se justifica ese gozo con la gran recompensa en los cielos. Pero el gozo está, además, ya presente.

Se trata por una parte del gozo sereno de saberse en la verdad, de parecerse a Jesús, de estar en una Iglesia verdadera, de haber -por fin- entendido de qué se trata en la fe, de saberse hombre y ciudadano de este mundo sin tener que abdicar de ello para ser cristiano. Se trata del gozo sereno de haber encontrado el sentido de la vida, porque éste nos ha salido al encuentro después, quizás, de años de búsqueda, y del sereno orgullo de ser cristiano pues, por fin, hay algo que ofrecer al mundo, con humildad pero sin complejos, y algo con que colaborar a su salvación.

Pero se trata también del gozo en sí mismo, de la exultación, que no está naturalmente siempre presente, pero que no se puede reprimir en algunos momentos. Hay gozo en las misas por los mártires en que se canta el gloria en presencia de un cadáver; hay gozo al ver crecer en la fe a los pequeños y fortalecerse en los dubitantes, al experimentar la unidad y la solidaridad; hay gozo -lleno de humildad y sin vanagloria- al es-

cuchar el agradecimiento de otros cristianos y hombres de buena voluntad que confiesen haber recobrado la fe o el sentido de su vida en presencia de los mártires de acá. Ese gozo experimentado, dado más que buscado, es el ciento por uno del evangelio; lo produce el haber encontrado la perla preciosa porque el evangelio se ha presentado como lo que es, una buena noticia. Esos cristianos no aparecen tristes, aunque sufran; no pueden oír el reproche de Nietzsche de que no parecen hombres salvados. Más bien sorprenden a los de fuera que esperaban verlos tristes y apesadumbrados y los encuentran serenos y alegres. Y si no hubiera otra prueba de ese gozo bastaría notar el dolor que han mostrado cuando algunos de esos cristianos perseguidos han tenido que abandonar el país por fuerza mayor. Es señal de que allí está su corazón, porque allí está su tesoro.

4. CONCLUSION

Esto es a grandes rasgos la espiritualidad de la persecución tal como se muestra en la realidad. La persecución necesita espíritu para ser afrontada, pero produce también espíritu cristiano y lo más fundamental de ese espíritu: cómo relacionarse correctamente, teológicamente, con Dios. Sin duda la descripción hecha está idealizada pues no todos ni todos por igual poseen ese espíritu. Pero no es idealista, pues los rasgos descritos no son inventados, ni pudieran haber sido descritos antes de la persecución real en Centroamérica.

Lo fundamental que ha producido la persecución es el descentramiento de los cristianos y de la Iglesia. No son ya sus propias angustias y sus propias esperanzas el centro de interés, sino las angustias y esperanzas de otros, de los pobres y oprimidos. En El Salvador no duele la persecución a la Iglesia sino el ingente y continuado dolor del pueblo. No se espera que vuelva la paz (y los halagos) a la Iglesia, sino la paz y la justicia al pueblo sufriente. El espíritu de 'descentramiento', el olvido de sí mismo, es la forma correcta de corresponder al evangelio y a Jesús. Por ello, según la paradoja evangélica, muchos cristianos perseguidos se han encontrado en verdad consigo mismos y se han encontrado con Dios. A pesar de la tragedia experimentan que 'algo se nos ha dado'. Y quien ha experimentado la gratitud tiene fuerza para la fe, para la esperanza y para la caridad.